

señanza y ejemplo, no solamente á los asilados, sino también á nosotras, las religiosas que dirigimos el establecimiento, Virginia, á quien Dios ha privado del beneficio de la vista, había quedado abandonada entre la multitud, y nadie se acordaba de ella; sólo Berta, desafiando el peligro y sin atender á su propia conservación, pensó en su amiga, fué á buscarla por todas partes, y la sacó de en medio del fuego. Hechos como este, merecen el aplauso y el respeto de todos; por mi parte, soy la primera en expresar mi admiración á Berta por su bello comportamiento. No echemos en olvido este ejemplo para otra ocasión.

Mientras duraba la plática, roja y confusa Berta, no sabía dónde poner los ojos, y hubiera querido desaparecer del lugar como por ensalmo. Según ella, no merecía elogio lo que acababa de hacer, pues era la cosa más natural del mundo; así que, cuando se volvieron todos á verla, protestó con ademanes y voces semiarticuladas que aquello no valía la pena; pero, no obstante su resistencia, estalló en el rectorio un grito unánime y espontáneo de

—¡Viva Berta!

Para terminar la escena, vinieron las hermanas, una á una, encabezadas por sor Ignacia, á abrazar y besar en la frente á la joven; pero lo que más satisfizo á

ésta, fué sentir los brazos de Virginia en torno de su cuello, y las lágrimas de aquellos ojos sin luz mojar sus mejillas, y la voz de la ciega murmurarle al oído:

—¡Cuánto te quiero, Berta! ¡Dios te lo pague! ¡Cuán buena eres!

---

IV

**Tiernas escaramuzas.**

La belleza, el talento y la dulzura de Berta, habían producido hondo efecto en el ánimo de Julio, quien, desde el punto y hora en que la conoció, no dejó de pensar en ella con infame embeleso. Roto con su venida á Fópoli, el encanto enteramente de circunstancias que Consuelo había ejercido sobre él en Colima, hallaba ya á la joven "de" Dena muy inferior á lo que le había parecido en aquella lejana comarca, y al lado de Berta, sobre todo, la veía no sólo retroceder al segundo término del cuadro, sino perderse y esfumarse en brumosa y triste lejanía. A no ser por las indicaciones galantes hechas á Consuelo, habría presentado á Berta su candidatura desde luego, y hablado con sor Ignacia de sus honradas intenciones; pero escrúpulos de nimia caballerosidad le encadenaban á su malhadada conquista, y no

sabía qué hacer en el apuro, pues si su corazón volaba en pos de Berta, sentía que el bien parecer le retenía al lado de la señorita "de" Dena. Perplejo y desorientado, continuaba visitando á ésta, sin prescindir empero de aquélla, y aguardaba con ansia alguna coyuntura de las que no faltan en la vida, en que pudiese recobrar la perdida libertad. Esto, sin embargo, no era tan llano en la ocasión, pues la familia "de" Dena no abandonaba sus posiciones, le vigilaba de cerca, y á fuerza de convites, agasajos y obsequios, procuraba ligarle todos los días más y más, é imposibilitarle la retirada; y Grimm, que lo comprendía bien, iba cayendo en una situación muy violenta. Consuelo se había aferrado á él como el ancla á las rocas costaneras, y estaba decidida á no dejarle escapar, sucediera lo que sucediese; hasta el punto de que, si Julio se hubiese materialmente fugado de su casa, capaz hubiera sido ella de seguirle por las calles á carrera tendida, sin chal ni sombrero y como se hubiese encontrado, hasta alcanzarlo y cogerlo por el faldón de la levita.

Para que los lectores no condenen á Julio, vamos á decir en breves palabras cuál era su situación verdadera cerca de Consuelo. Habíala galanteado, en efecto, la había obsequiado con flores, con traducciones del alemán y con pensamientos escritos, más ó menos significativos, y,

por la asiduidad con que había bailado con ella en las reuniones, y frecuentado su casa, había dado á todos, inclusa ella, fundado motivo para juzgarle su pretendiente. Era claro también que su viaje á Fópoli no había tenido más objeto que el de verla, cumplir la palabra empeñada y hacerle una declaración en toda forma. Mas, á pesar de todo, nada había precisado con ella todavía, y no había llegado á decirle "te quiero," ni á preguntarle si le quería; de modo que, en puridad, no tenía compromiso formal con la joven, y estaba en libertad para prescindir del empeño á la hora que lo tuviese por conveniente. No obstante, como su caballerosidad era extremada, se sentía un si es no es ligado por sus anteriores insinuaciones, y no se resolvía á cambiar de rumbo á la hora menos pensada, sin causa que pudiese justificarlo. Así que se decidió á esperar varios días la ansiada coyuntura, y aun prescindió de aceptar algunas invitaciones de doña Anastasia, para ir preparando el rompimiento; pero todo fué inútil, porque, aunque comprendía Consuelo que la simpatía de Grimm hacia ella iba en menguante, no se decidía á darse por entendida, y continuaba resuelta á disputar la presa, como una loba sus cachorros. Al fin llegó á cansarse Julio, y á tal punto, de tan molesto estado de cosas, que se resolvió á zanjar

la dificultad de una vez, aunque de la mejor manera posible. En tal virtud, comenzó á obrar desde luego, conforme al siguiente programa: continuó su trato meramente amistoso con Consuelo y su familia, pero se entregó francamente á su amorosa inclinación hacia Berta. Una vez tomado el partido, procedió á la conflagración de sus naves, para no flaquear en su propósito, y dirigió á la huérfana por escrito y desde luego, su declaración amorosa.

Berta, entretanto, había vivido embriagada por las más dulces y suaves emociones que una joven pura é inocente puede alimentar al llegar á los veinte años. En la fiesta de San Vicente de Paul y en otras diversas ocasiones en que Grimm había concurrido al Hospicio, habíase mostrado exquisitamente fino hacia ella y la había envuelto en miradas tan cariñosas, que, aunque novicia en achaques amorosos no había dudado ni un momento de su dulce significado. Y como su modestia y humildad iban al par de sus merecimientos, se asombraba de que persona de tanta valía como Julio pudiese poner los ojos en ella, que significaba tan poco. Siempre que comparaba su posición y persona con las de sus amigas y conocidas, se confesaba inferior á las unas y á las otras, y no alcanzaba á explicarse cómo podía Julio preferirla á tantas guapas jóvenes

como había por la ciudad; mas tuvo que rendirse á la evidencia en vista de los hechos, pues una mañana, al terminar las clases, se acercó á ella Felipa, una de sus condiscípulas, y con aire misterioso, y llevándola aparte le dijo:

—Toma, Berta, aquí traigo esto para ti.

—¿Qué es? preguntó la huérfana ruborizándose intensamente, sin saber por qué.

—Una carta, repuso Felipa.

—¿De quién? interrogó Berta, aunque su corazón adivinaba el secreto.

—De don Julio Grimm, repuso Felipa; tómala, se acercan las compañeras y podrían vernos. Te quiere mucho.

Instintivamente alargó la mano la huérfana y cogió el pequeño y perfumado sobre que le alargaba su amiga. Latíale en aquellos momentos el corazón con tal fuerza, que casi le cortaba la respiración, y el aflujo repentino de toda su sangre al cerebro, le producía como alucinaciones y vahidos; veía cuanto pasaba como al través de un velo de neblina, y oía como vagos acordes resbalar por los aires. Cogió, pues, el papel con tanto temblor como si fuese de conspiración política ó trama criminal, y le ocultó ansiosamente en el seno para que nadie lo viese; después de eso, procuró aislarse, y cuando al fin se vió en sitio apartado, rompió la cubierta y leyó lo que sigue:

"Berta:

"Los ojos dicen más que las palabras; estoy cierto de que los míos habrán revelado mi secreto. Es usted un dechado tal de gracia y perfecciones, que es imposible conocerla sin amarla. No quiero ni puedo resistir á su dulce encanto, y vengo humilde á confesarle que mi corazón le pertenece, y que será para mí el día más hermoso de la vida, aquel en que usted me diga que me ama. En la imposibilidad de hallar ocasión para hablarle de mi afecto, me veo precisado á escribirle estas líneas, que aguardo sean recibidas con benevolencia. Sólo me resta suplicarle eche un vistazo á su corazón y me diga con lealtad lo que sienta para mí. ¿Me ama? Abramelo sin recelo, pues Dios bien sabe que soy sincero, y que mi destino está pendiente de sus labios.

"Lleno de impaciencia y de temor, aguarda su respuesta este su devoto y enamorado

**Julio Grimm."**

En medio del tumulto de sus arterias y de la vibración de sus nervios, pudo apenas Berta descifrar aquellos renglones; leyólos más con el alma que con los ojos, y, entretanto que iba imponiéndose de su dulce contenido, parecíale que hacían coro á las palabras trazadas sobre el papel,

todos los susurros de las brisas, todos los murmullos de las fuentes y todos los gorgoros de los pájaros en tierra y cielo. Y hubiera jurado que, mientras pasaba la vista por ellos, los mismos coros angélicos tañían sus arpas y laudes allá arriba, y la creación entera exultaba rebosante de júbilo.

Y sucedió por raro caso, que aquel mismo día no pudiese concurrir don Teodoro á la clase de música, y hubiese ido Joaquín á reemplazarlo. Berta, por instinto de sinceridad, no hubiera querido encontrarse en aquella sazón con su antiguo amigo; pero sus deberes de alumna impusieron silencio á sus escrúpulos de lealtad, y tuvo que cantar una partitura acompañada por el joven. Hubiérase dicho que adivinaba éste cuanto pasaba por ella, pues se mostraba muy triste y desalentado, tanto, que se limitó á cumplir estrictamente su deber, aunque sin dejar de suspirar ni un momento, y cruzó muy pocas palabras con la huérfana. Pero Berta, con la penetración propia de la mujer, pudo observar que aquel silencio no era fruto de indiferencia ni desvío, sino antes bien de emoción contenida y recóndita, que en vano pugnaba por no traicionarse ni salir al rostro ni á los ojos. Pasada la lección, estando ya en pie Sandoval, y en los

momentos de cerrar el piano, murmuró éste al fin con voz insegura:

—Berta, acabo de hacer estos versos para tí; tómalos, son mi despedida.

Berta vaciló en recibirlos.

—Tómalos, digo. ¿No ves que son mi despedida? No volveré á importunarte.

Había tanta amargura en su acento y vacilaba tanto al hablar, que casi sollozaba; así que la joven, movida de piedad ante su dolor, los recibió en silencio, con esa gravedad compasiva con que se recoge la última palabra de un moribundo.

He aquí la poesía:

### ¡ A D I O S !

¡Un sueño fué nomás... Casto delirio  
De inaccesible gloria,  
Sol abortado de mi negra historia,  
Pausa de un día en mi tenaz martirio.  
¿A qué fingir un horizonte en calma  
Cuando en la tempestad no hay luz ni puerto?  
¿A qué buscar la sombra de una palma  
Cuando sólo hay arena en el desierto?  
Creí en tus dulces ojos,  
Más bellos que los astros,  
Hallar de amor los inefables rastros,  
Y suplicante me postré de hinojos;  
Y me entregué á soñar, y arrebatado  
Por las alas de oro del anhelo,  
Crucé cielo tras cielo,  
Palpitante, feliz y deslumbrado.

¡Con qué ardor el espíritu se abisma  
En la luz de soñada lontananza!  
¡Cuán mágico es el prisma  
Que al corazón ofrece la esperanza!

Oyeme, niña pura,  
Sed de amor infinito me devora,  
Y un caudal de ilusiones y ternura  
Llevo en el corazón. Hora tras hora  
He pasado esperando la llegada  
De un ser que me comprenda y que me quiera,  
Y me haga ver el cielo en su mirada,  
Y acepte en oblación mi vida entera  
¡Es tan hermoso amar y ser amado!  
Es amor el espíritu fecundo  
Que da luz, y calor, y vida al mundo,  
Es la esencia inmortal del Increado.  
¡Hace tan largo tiempo que me agito  
En soledad cruel y tormentosa!  
¡Hace tan largo tiempo que me acosa  
Este afán infinito!...

Perdona, pues, si el alma delirante  
A soñar se atrevió con tus amores,  
Cual sueña en el desierto el caminante,  
Con oasis, con fuentes y con flores.

¡Alma de arcángel, noble y soñadora,  
Buscas un ideal en este suelo!  
Una visión romántica del cielo  
Ríe en tu mente con fulgor de aurora;  
Vas en pos, afanosa, por la vida,  
De una sombra querida,  
De un ser que corresponda á tu esperanza,  
Y, absorta en la visión de lontananza,

Exploras con empeño  
Del horizonte el insondable arcano,  
Creando ver en el confín lejano  
Surgir el astro en tu dulce sueño.

¡Yo no soy ese ser que tu alma crea;  
Mi frente no rodea  
La luz de tus ensueños misteriosos!  
Mas tú sí eres, Berta, la radiosa  
Visión de amor, que me enseñó el suspiro:  
¡Te reconozco por tus regias galas!  
Eres el ángel de impalpables alas  
Que trae del cielo en impalpable giro,  
Dicha ideal en cáliz de zafiro. . . .  
Mas te imploro sediento de tu encanto,  
Y de mi lado sin piedad te alejas,  
Y á tu paso triunfal en mi alma dejas  
Un reguero de luz y otro de llanto.

¡Tienes razón! . . . Tan sólo mi locura  
Pudo hacerme alentar delirio tanto,  
Pues tu regia hermosura  
Para el triunfo nacida,  
Unir no puede su radiosa historia  
A la doliente historia de mi vida.  
Yo guardo en la memoria  
Un recuerdo profundo de quebranto,  
Y en mi pecho se oculta un mar de llanto.  
¡Apártate de mí! Quizá tus ojos  
Con espanto me ven, y tu alma siente  
Un secreto terror, viendo en mi frente  
La triste cicatriz de los abrojos.

¡Separémonos, pues! . . . Sigue el camino  
De alegres flores y verdor cubierto

Que te marca el destino,  
Mientras yo, la ilusión desvanecida,  
Vuelvo al triste desierto  
De soledad, silencio y amargura  
Donde se arrastra mi cansada vida.

Pero ¡oye! . . . En mi profundo desconsuelo,  
Aun el labio, de amor frases murmura:  
No habrá ya de buscarte la mirada  
Que oscurecen las lágrimas y el duelo;  
Por siempre callará mi queja tierna;  
Mas tu memoria, siempre idolatrada,  
De mi vida será sonrisa eterna.

Podrás no amarme tú, podrás, ingrata,  
Mi ternura pagar con odio impío,  
Mas no lograr que el corazón no lata  
Por tus amores en el pecho mío.  
Del alma triste que por tí suspira,  
Vuelan á tí las ansias amorosas,  
Cual de la llama á la quemante pira  
A consumirse van las mariposas.

En mi desolación nada te pido,  
Ni imploro lastimera recompensa:  
¡Ojalá el cielo en su piedad inmensa  
Me libre del naufragio de tu olvido!

JOAQUÍN SANDOVAL."

Por menos que Berta se sintiese inclinada á favor de Joaquín, y por más henchido que tuviese el corazón de otras simpatías y otros afectos, no pudo menos de leer con viva y melancólica emoción

aquella poesía; pues fuese cual fuese su mérito literario, expresaba sentimientos hondos, basados en hechos reales, que ella conocía, y estaba impregnada de un sentido tal de verdad y tristeza, que se le metía por el corazón sin poderlo remediar, y casi le hacía saltar las lágrimas de los ojos. Como piadosa y buena que era, pensó con pesadumbre, que aquella alma triste y solitaria volvía á ella los ojos en demanda de auxilio, como náufrago que se agarra á una tabla en el tumulto de las olas; que en sus manos tenía la suerte de aquel desventurado; que Dios le había conferido el poder temeroso de cambiar el destino de aquella existencia; y que podía llevar, si quería, la luz á un cielo ensombrecido por el dolor y la sonrisa á un rostro inundado por las lágrimas. Con lástima mezclada de remordimiento se preguntaba qué había hecho de aquella vida, cuya suerte pendía de su voluntad, y se respondía que, en vez de dolerse de sus quejas, había aumentado su martirio cerrando el corazón á toda piedad para ella, y pronunciando la sentencia dantesca: "¡renunciad á toda esperanza!" Bajo reflexiones tan penosas, mirábase á sí misma como verdugo de su antiguo compañero de infancia, como salvaje sin entrañas, que respondía á la voz del desvalido, rematándole con el hacha ó con la daga. Pero ¿cómo dominar los impulsos del corazón?

¿Cómo querer á quien no quería, y dejar de amar á quien amaba? No era bastante poderosa para ello y, supuesto que el estado de su mente dependía de una fuerza oculta superior á su voluntad, que la dominaba, no debía considerarse responsable de cuanto iba pasando, por más que lo deplorase, ni atormentase con aquellas ideas desgarradoras. Por otra parte, Joaquín era poeta, y como tal, visionario é hiperbólico: acaso no era tan infeliz como lo cantaba, ni estaba tan dominado por el amor como lo decía. Aquella esperanza sonreía para ella en el fondo de su pecho, la de no ser muy amada; y experimentaba íntimo júbilo al pensar que el joven pudiese olvidarla y amar á quien le quisiese, y ser feliz sin ella.

El efecto causado por la poesía de Joaquín, después de la carta de Grimm, fué para ella profundamente perturbador, pues vino á empañar el esplendor de un sentimiento grato, con otro afflictivo y doloroso. Aquella queja habíale echado casi á perder el júbilo de la declaración de Julio; mas, persuadida de que la situación era irremediable, se entregó sin reserva, y al cabo de mucho cavilar, al encanto de su naciente amor, después de haber guardado los versos de Joaquín en el fondo de su pobre cofre, con la doliente melancolía con que se conservan las reliquias de un condenado á muerte. Después de eso, leyó y

releyó la carta de Grimm, y la guardó oculta en el seno, debajo del corpiño, á fin de traerla siempre consigo, sacarla del escondite de cuando en cuando y tocarla á todas horas, para desengañarse de que era cosa real y verdadera, y no fantástica ni soñada.

\* \* \*

Paulina, entretanto, traía vueltos locos, lo que se llama locos, á Gustavo y Prudenciano. Este último, mal aconsejado por el orgullo, había comenzado la aventura pensando que Paulina, deslumbrada por su posición, iba á jurarle pleitesía, como era su deber (lo mismo que el de todas las mujeres), pues pensaba de sí, como el sabio y poco modesto rey don Alfonso:

“Yo soy don Alfonso, el rey de Castilla  
Emperador de Alemaña que foé,  
Aquel á quien reyes besaban el pie,  
E reinas pedían limosna e mancilla.”

Pero ella, en lugar de arrodillarse ante su magnificencia pidiendo limosna y mancilla, había tomado sus amores á la chirigota, le había tratado como á un bendito, y, aunque había sabido mirarle y aún sonreírle de un modo enloquecedor, lo había hecho con ciertas puntas y ribetes de chun-ga, que le tenían hondamente lastimado. ¿Cómo era posible que él, Prudenciano, famoso conquistador y atormentador de

corazones, se viese mofado y escarnecido por una criatura tan secundaria y dejada de la mano de Dios?

Le parecía aquello un perfecto absurdo, y seguía pensando que un día ú otro aparecería la verdad de una adoración sincera y humilde, bajo los velos engañosos de aquel aparente desvío. En todo caso, como estaba empeñada la honra del pabellón, ya que había puesto mano á la empresa, debía concluirla con gloria; y supuesto que tenía las gavetas de su armario repletas de cartas amorosas, retratos con tiernas dedicatorias, mechoncitos de pelo, listones y flores secas, debía enriquecer aquella urna de sus recuerdos, con los exvotos humildes de la pobre asilada, á quien hacía la honra de ver con ojos blandos y sentimentales.

Pero el hecho era que, por más esfuerzos que hacía, pasos que daba y actitudes románticas que asumía, el corazón de Paulina permanecía inaccesible para él; de donde nació que, interesado su amor propio, fuese comprometiéndose más y más en aquella aventura, hasta darle la forma de un capricho verdadero y serio del corazón. Era mucha mujer Paulina para aquel joven frívolo y deschavetado. Inteligente, guapa, graciosísima y sin pizca de melindres ni escrúpulos, unía al atractivo de la belleza el picante cebo de la málitia y de irresistibles sutilezas y hechizos, que siem-



pre tenía á mano, por arcanas y misteriosas predisposiciones de su naturaleza. Así, al presentarse la primera ocasión de poner á prueba sus recursos de hembra guapa, había resultado doctora y maestra en aquellas intrincadísimas artes, como suelen nadar los patos desde el momento en que caen en el agua, sin necesidad de que nadie les enseñe á mover los remos. Para enredar y oprimir más y más á Prudenciano con los hilos sutiles de su astucia, había empleado un juego tal de miradas enloquecedoras, sonrisas, mohines y vaivenes de tira y afloja, que la misma Princesa de los Ursinos, á los cincuenta años de galanterías, hubiera podido tomarla por espejo y modelo de doblez, astucia y habilidad. Prudenciano, pues, vivía como quemado á fuego lento, como sumergido en un baño de María, que le abrasaba y reblandecía al mismo tiempo los sesos y el corazón. Ya exasperado y fuera de quicio, había perdido toda compostura y se había entregado á soñar con Paulina como con un ideal, como con la dicha única y suprema; y á la hora menos pensada, se había sorprendido á sí mismo, furiosamente prendido en las redes que había desplegado y tendido para coger aquel pececillo, como resultó Amán colgado de la horca misma que había preparado para Mardoqueo.

Paulina lo observaba todo con sonrisa

butlona y corazón frío, y, en tanto que el joven le escribía cartas volcánicas y le mandaba flores, botes de esencias, cucuruchos de dulces y otras finezas por cuantos conductos podía, no soltaba ella prenda escrita que pudiese comprometerla, á fin de conservar libre la voluntad y sin ataduras la risa para caso ofrecido.

Sobre la pista de tales sucesos andaba ya doña Anastasia, quien no cabía en sí de rabia, al pensar que su hijo se rebajase hasta el punto de manifestar interés por una hospiciana. Y aquel tema, unido á la ligereza de Prudenciano y á su desordenada manera de vivir, había ido á atizar los disgustos y altercados que tenían constantemente madre é hijo; y como Consuelo y Socorro terciaban en ellos con lengua agresiva, había acabado su casa por convertirse en olla de grillos, hervidero de pasioncillas y babel de gritos y manoteos.

Y no era eso lo peor, sino que Schultze, según noticias fidedignas, que se tenían, se había consagrado también á cortejar á Paulina; lo que significaba que los bonos de Socorro andaban por el suelo en su corazón. Era público y notorio que el alemán solía rondar por el Hospicio, probablemente con la esperanza de ver á su adorado tormento asomada á alguna de las altas ventanas del edificio, ó inclinada sobre la barda de la azotea; y aun había

quien asegurase haberle visto no pocas noches hablando con la huérfana por alguna de aquellas troneras ó claraboyas como caballero cristiano con mōra cautiva de califa celoso y enamorado.

Schultze en efecto, sin asomos de los escrúpulos de Grimm, á pesar de hallarse con Socorro en circunstancias análogas á las de su amigo con Berta, había emprendido una verdadera campaña para conquistar el corazón de Paulina, á cuyas manos había hecho llegar repetidas cartas; pero de él, según se sabía, no se burlaba aquélla, como de Prudenciano, si bien, no por eso dejaba de quemarle la sangre con una porción de sospechas y temores, basados en esquiveces, coquete-rías y ligerezas. Sencillo y cándido como buen hijo del Norte, hubiera sido dichosísimo, á haber puesto los ojos en joven cariñosa y tranquila; pero como se había dejado seducir por una sirena engañadora, sin conciencia ni corazón, él mismo no sabía por dónde iba, ni en qué escollos ó arrecifes iría derecho á estrellarse. A decir verdad, sentía la joven alguna inclinación á favor de Gustavo, y le quería cuanto le era posible querer, que no era mucho; pero su índole falsa y re-trechera se sobreponía á todo, y á lo mejor se olvidaba de Schultze, y se ponía á sonreír con el militar por su traje, con el abogado por su sombrero de seda ó con

el seminarista por sus hermosos ojos. Gustavo, entretanto, iba palideciendo y adelgazando, porque aquel régimen des-grasador era más rápido y eficaz en sus efectos, que la misteriosa tiroidina.

Había influído poderosamente en el ánimo travieso de Paulina, para inducirla á conquistar á la vez los homenajes de Prudenciano y los de Schultze, el maligno deseo de molestar á las "de" Dena, cuyo menosprecio y desaires no podía ni quería olvidar. Era para ella una satisfacción de gran monta, la de mirar á sus pies suplicante y rendido, al hijo de aquella dama encopetada, en cuyos ojos había visto retratados el desdén más insolente y la altivez más injuriosa la mañana del concierto, y tanto era así, que, á ratos, se consideraba capaz hasta de casarse con Prudenciano, sólo por hacer rabiarse á su futura suegra y á sus futuras cuñadas.

Su conducta doble y falaz, y la persuasión que abrigaba de que sor Ignacia y las otras religiosas reprobarían cuanto iba haciendo, y aun la increparían duramente por ello, la indujeron á no confiar á alma viviente las urdidumbres que tejía; si bien no pudo evitar que Berta lo adivinase todo y la censurase, aunque cariñosamente, por ello.

Berta, por su parte, había juzgado prudente consultar con sor Ignacia sus personales asuntos; por lo que, después de

algunos días de vacilación, mostró á la superiora la carta que había recibido del alemán, pidiéndole consejo sobre lo que debería hacer y contestar. La religiosa quedó complacida de su proceder, y, habiendo recibido de la joven la sencilla y cándida confesión de su inclinación hacia Grimm, opinó contestase á éste en términos indecisos, tanto para no parecer ansiosa de aceptar desde luego lo que se le ofrecía, como para disponer de algún tiempo de recogimiento y reflexión. En consecuencia, quedó establecida, con acuerdo de la madre, una correspondencia epistolar entre Julio y Berta, que pasaba por los ojos de sor Ignacia.

---

V

### Ancianos y mendigos

Iba Berta todos los días por la tarde á visitar á los mendigos, cuya sociedad le era muy grata. Ocupaban éstos uno de los departamentos más vastos del Hospicio, formado por enorme patio rectangular, embaldosado con grandes y lisas canterías y costado por elevados portales. En el vasto espacio intermedio, había banquetas de piedra diseminadas de trecho en trecho, para comodidad y descan-

so de los asilados, y en el centro, una fuente de gran capacidad, alimentada por un surtidor de potente chorro, que saltaba varios metros por la atmósfera, y divertía á los desvalidos con los brillantes reflejos y matizados cambiantes de su puro cristal. Terminadas las distribuciones del día, salía la multitud abigarrada á vagar por el espacioso recinto, y hormigueaba por donde quiera paseando lenta y trabajosamente, aglomerándose en círculo en torno de la fuente, formando grupos en las banquetas ó echada por el suelo. Era aquel un mundo de miserables de todas edades y matices, que causaba tristeza: mujeres de rostro marchito y ojos llorosos, encorvadas y apoyadas en nudosos bordones, hombres de larga barba, canosa y revuelta, apenas capaces de sostenerse, niños deformes, de cuadriles desencajados y pies torcidos, ciegos de paso incierto y ojos sin pupilas ó de cuencas vacías y siniestras: un enjambre de seres abortados, vacilantes, inútiles, harapos humanos, el desecho social que no sirve para nada, desde el punto de vista del egoísmo, y es una carga para los brazos válidos y laboriosos.

La hermana consagrada á cuidar aquel departamento, se llamaba sor Agueda. Era alta, pálida y á tal extremo flaca, que parecía que al andar, iba á escurrírsele el hábito por las caderas, tan flojo así le